

Star Wars

El Fantasma de los Sith

Jude Watson

El crucero estelar se tambaleó cuando Ferus Olin viró bruscamente hacia estribor. El campo de escombros estaba tachonado con basura espacial desechada y pequeños asteroides que podían ser succionados por tus motores más rápido de lo que podías decir “Ooops”. Podría manejarlo. Ojalá sus manos dejaran de sudar.

Korriban, el centro de poder de la antigua orden Sith, yacía detrás del campo de escombros. Una fuente de mal que todavía llama al mal para reunirlo, había dicho Obi-Wan Kenobi una vez. Mientras la nave de Ferus se aproximaba a su atmósfera interna, podía sentir el lado oscuro de la Fuerza alzándose a su alrededor.

Ferus había tomado la decisión de venir, había introducido las coordenadas en el ordenador de navegación, aunque había sentido como si las decisiones hubiesen sido tomadas fuera de su propia voluntad. Era como si un rayo tractor se hubiera fijado en él, tirando de él hacia adelante.

¿Por qué estoy haciendo esto? ¿Por qué?

No tenía sentido, excepto en su interior.

Sólo días antes, Obi-Wan había escalado la cima de una montaña en Bellassa para encontrarle. Ferus había sido un veterano común y corriente de las Guerras Clon/combatiente de la resistencia/fugitivo de una prisión imperial. Entonces había aparecido Obi-Wan, y pronto estuvo esquivando cazarrecompensas y encontrándose atrapado en mitad de guerras civiles, por no mencionar el haber descubierto que la galaxia estaba en manos de los Sith.

Ahora aquí estaba, un Jedi otra vez. Y Obi-Wan se había ido al retiro entre los banthas de Tatooine.

Ni siquiera era un Jedi. Realmente no. Había sido el aprendiz de Siri Tachi cuando dejó la orden Jedi. Podía sentir la Fuerza, pero acceder a ella con la misma rapidez, la misma pureza, era una lucha.

Había estado en camino hacia Coruscant desde el Borde Exterior para comprobar un rumor acerca de un Jedi detenido cuando se le había ocurrido la idea de usar Korriban como parada para repostar.

Nunca dijo que hubiese sido un Jedi listo.

Algo le había llamado. Una urgencia por probarse, tal vez. Necesitaba ver contra lo que estaba luchando. Incluso un atisbo del lado oscuro en Korriban le diría más de lo que podrían decirle las palabras de Obi-Wan.

Atravesó el campo de escombros y de repente Korriban estaba allí, nubes carmesí ocultaban su superficie, había siete lunas del color del hueso descolorido. Había estado aquí antes como aprendiz. Recordaba la sensación de su estómago, un tipo de sabor demasiado dulce, como fruta podrida, en su boca.

Su compañero de viaje de 13 años, Trever Flume, apareció detrás de él.

—Espeluznante. Esas nubes...

—El color de la sangre.

—El color del dolor —dijo Trever.

Ferus le miró. Trever había visto mucho en su corta vida. Los imperiales habían matado a toda su familia. Si el dolor podía tener un color, Trever lo sabría.

Les dieron permiso para aterrizar en Dreshdae. El espaciopuerto yacía en el centro de una meseta, sólo era un desorden de feos edificios bajo un cielo metálico. Ferus condujo la nave hasta la plataforma de aterrizaje, descendiendo con facilidad.

— ¿Podemos revisarlo ahora, oh bravo líder? —preguntó Trever—. Según tu y el 'Wan, los Sith son los tipos malos definitivos con impresionantes poderes malignos. ¿Y tú quieres repostar en su propio pozo privado?

—Eso lo resume aproximadamente —Ferus sonrió abiertamente—. No nos quedaremos mucho.

Trever se peinó hacia atrás su pelo azul con una mano. —Ya nos hemos quedado demasiado —masculló.

En el exterior, un oficial imperial ya estaba esperando.

—Prohibido el acceso a Dreshdae. Sólo reabastecimientos de emergencia. Quédense en su nave.

—Una encantadora bienvenida —dijo Trever mientras el oficial se retiraba.

Ferus lo captaba todo sin que se notara, una antigua técnica Jedi. La plataforma de aterrizaje y el hangar habían sido expandidos recientemente —podía ver el nuevo ferrocemento colocado en planchas al lado de las antiguas, hecho precipitadamente con bultos y abolladuras y ya estaban agrietadas y abrasadas por la cantidad de tráfico. El hangar estaba lleno de tráfico imperial y maltratados cruceros estelares. Los sucios pilotos se apoyaban contra sus naves, y los oficiales imperiales se apresuraban en gran medida. Los droides de combate estaban en todas partes. Había pensado que la mayor parte ya estaba fuera de servicio.

Sintió como si algo rascara su hombro, pero no había nadie allí. El sudor brotó por su piel, cayendo entre sus omoplatos. El lado oscuro de la Fuerza era tan poderoso aquí que parecía flotar en el aire como humedad malsana. También recordaba esa sensación. Y las voces.

Al principio eran muy bajas, pensarías que era la brisa, hasta que descubrías que no había brisa. Y las palabras no provenían de los seres de alrededor. Estaban dentro de él, insistentes y suaves, como húmedas puntas de los dedos acariciándole.

Los fantasmas de los Sith estaban murmurando en su oído, recogiendo sus miedos, añadiendo sus propias invitaciones oscuras.

Crees que has perdido la Fuerza, pero podemos enseñarte. Serás mejor que antes. Has perdido todo; te lo devolveremos. Podemos devolvértelo todo... todo lo que tenías, y todo lo que quieres... simplemente quédate y únete a nosotros...

— ¿Ferus? ¿Estás bien?

—Estoy bien.

Las voces eran suficientemente malas. Ahora Ferus notó la cualidad peculiar del sonido en el hangar. ¿Era el diseño de las pistas de aterrizaje, las bahías de atraque, o los bajos salientes que hacían eco de las voces? Fuera lo que fuese, le daba al sonido una cualidad alucinadora. Las pisadas que pensabas que se acercaban realmente retrocedían. Las voces que pensabas que estaban detrás de ti, realmente venían por delante. Un deslizador que pensabas que aparecería por una esquina nunca llegaba.

Por eso cuando la voz llegó detrás de él, pero ella apareció delante, se sorprendió.

La mujer examinó la plataforma de aterrizaje con una escalofriante mirada azul. Después se puso una lujosa capa de choguen alrededor de sus hombros y avanzó en su dirección, seguida por un oficial imperial de alto rango.

Ferus retrocedió casualmente y se echó la capucha sobre su cabeza, ensombreciendo su cara.

—Lléveme inmediatamente al Valle de los Lores Oscuros — le dijo al oficial mientras pasaban a su lado.

— ¿La conoces? —preguntó Trever.

—Jenna Zan Arbor. El criminal galáctico más buscado antes de las Guerras Clon. Una brillante científica que desarrolló curas para enfermedades que diezmarían poblaciones.

—Eso esta bien.

—Entonces introduciría el virus en la población, matando a miles de personas, antes de aparecer para salvarlos. Mientras tanto, aumentaría el precio.

—Eso está mal.

—Veo que lo pillas. Estaba obsesionada con estudiar la Fuerza. Podría ser una de las pocas personas de la galaxia que sabe que Palpatine es un Sith. En mi última misión, la rastreamos hasta aquí. Vino para encontrarse con un Lord Oscuro. Me pregunto por qué está aquí.

—No es nuestro problema. Nos dirigimos a Coruscant, ¿recuerdas?

—Si la seguimos...

—Se supone que no podemos dejar la nave. Normalmente no me gusta obedecer órdenes, pero en este caso... lo haré gustosamente. — Trever tembló mientras miraba sobre el borde de la plataforma hacia Dreshdae.

Quédate. Tenemos cosas que enseñarte.

Él quería quedarse. Podía ser más listo que las voces. Pensarían que se quedaba por ellas, por sus poderes, pero se quedaría sólo por sus propias razones.

Puedes fortalecerte en la Fuerza. Éste es el lugar para hacerlo. Lo sabes.

Ferus sentía la urgencia en su interior, fuerte como la atracción de una luna gigantesca. No podría aprender de ellas y no rendirse al lado oscuro. Estaban en lo cierto, ahora era débil, y necesitaba ser fuerte. Podría quedarse.

— ¡Ferus! —Trever puso una mano en su muñeca.

Miró hacia abajo, y no vio al amable niño herido al que tenía afecto. Vio un obstáculo.

Bien, bien, estás aprendiendo.

Se quedó mirando la mano de Trever. Sentía el calor de la piel en la piel. Un toque de un ser a otro. Y en ese toque sintió confianza.

—Simplemente creo... —dijo Trever—, que en este momento necesitamos escoger nuestras batallas.

Con un esfuerzo, Ferus desechó las voces. El lado oscuro estaba aquí, pero también la Fuerza que él conocía. La sintió a su alrededor y la cogió.

Veinte metros adelante, Zan Arbor se giró repentinamente. No estaba seguro de qué había provocado su movimiento. Su mirada azul era intensa mientras le estudiaba. Él no se movió.

Le dijo algo al oficial que estaba a su lado.

—Mejor nos vamos —dijo Ferus.

Sin aparentar ninguna prisa, se giraron y se metieron en su crucero.

Él tecleó la petición de permiso y contó los segundos. Pareció durar años. En ese intervalo de tiempo se dio cuenta de lo cerca que había estado de quedarse. Apenas se había opuesto a ese deseo. Habían encontrado su debilidad y la habían aprovechado.

La luz se puso verde. Salida Permitida.

La luz se volvió amarilla y la pantalla parpadeaba diciendo Contacte con Control de Tierra mientras encendía los motores.

Ignorando la llamada, Ferus despegó.

Korriban le había enseñado algo. No era suficientemente fuerte como para enfrentarse a los Sith. No estaba preparado.
Pero estaba en camino.